

Verano/12



puesto de observación la mesa de un bar al aire libre. Y desde aquí, cada tanto, levanta la vista de la enésima lectura de *Moby Dick*, su biblia personal, privada, y considera a los veraneantes como un grumete ascendido. Revuelve pensativo el té y sigue observando a esa mujer. Y uno puede preguntarse si todo el deseo que le queda a alguien que cambió la ginebra por el *earl grey* puede resumirse en esa mujer. Y puede equivocarse. El Bebe se baja un poco los anteojos de sol y se le ve la mirada, mezcla de insomnio y filosofía.

—Mirale las piernas —dice—. Vино con los dos pibes. Todos en la misma pieza, la 49, que en el *I Ching* es la revolución. Y también la muda. El libro alude a las mudas en la vida política, entre otras cuestiones. Pero mirale bien las piernas —insiste—. Mirale.

Esta mañana sopla una brisa caliente. Agita la lona de las carpas. Y el sol rebota en los anteojos oscuros del Bebe que prende un negro, expulsa el humo que se vuela y medita al contemplar a esa mujer de piernas hinchadas. Es gorda, canosa, pálida. Y el sol seguro le va a afectar la piel tan blanca, como la *ballena blanca*, ha dicho el Bebe.

—A veces, de noche —cuenta el Bebe—, suena la chicharra del conmutador y sé que es ella. Me pide por teléfono, por favor, que le suba una botellita de agua mineral sin gas. No puede dormir. Sin embargo, no toma pastillas. Dice que hay que aprender a vivir con la memoria. Cuando le llevo la botella, se sienta en el borde de la cama. Y yo me siento en el piso. Y conversamos. Total, los pibes no están. Se fueron a milonguear a alguna disco de la Villa. Y no vienen hasta que amanece. Los pibes están en otra: jeans, hamburguesas, walkman y compactos. Y ella dice que sería feliz si los padres aparecieran.

El Bebe se toma su tiempo para contar. Ya me tomé todo lo que se podría tomar, ha dicho. Y el tiempo es lo que me falta.

—¿Sabés qué me dijo ella anoche? —pregunta—. Que les está agradecida a sus hijos porque le mostraron cómo era el mundo. Últimamente ella anduvo por Europa. Pero sería más feliz de tener a los hijos junto a los nietos. Y si le explico mi rollo con la ballena blanca, me entiende. *Vivir no es durar*, me dice. *Vivir es vivir con todo*. Y me entiende porque sus hijos también perseguían una ballena blanca. Iban a hacer el Hospital de Niños en el Sheraton Hotel. Hasta que los cazaron esos marinos, los de chupadero, picana, pentotal, avión y hombre al agua. *Caminar, no camino bien*, me dice ella. *Pero andar, ando a pesar de todo*, me dice. Y se frota las várices de las piernas que, según ella, son cicatrices. *Mucha marcha tengo*, me dice. Y resisto.

Y el Bebe, pensativo, se queda contemplando a esa mujer sentada bajo la sombrilla, que mira todo el tiempo las olas. Como si la marea pudiera devolverle algo que le arrancó.

Y ahora que el calor pega más fuerte ella se pone un pañuelo en la cabeza. Un pañuelo blanco.

(Por Guillermo Saccomanno)

Esa mujer debe tener más de setenta. Y viene a la playa escoltada por dos pibes adolescentes, atléticos, musculosos, pero con el desgarro de la adolescencia en los gestos. Clavan en la arena el parante de la sombrilla. Abren el parasol. Entonces ella se quita el solero, las sandalias y se queda en malla, una malla enteriza negra, medio pasada de moda, como de luto. Después, los pibes se van. Y ella se queda sola mirando el mar.

—Pensar que alguna vez ella tuvo la edad de los pibes —dice el Bebe—. Mirale ahora las cicatrices de las piernas.

Son raras las veces que el Bebe, portero de noche del hotel La Tonina Blanca, baja a la playa. Por lo general, cuando lo hace, elige como

MADRE DE LA PLAYA



—gimió miss Shaw. Lágrimas corrían por sus mejillas.

—Bueno, bueno.
—Es por el tipo de vida que llevo. Cuando estoy con alguien que me gusta me siento como dentro de una botella, sin poder comunicarme. Nunca me enamoré ¿se dan cuenta? Quisiera poder hacerlo. Sé de qué se trata la obra y lo que siente Stella, pero es que yo... yo...

—¿Tú qué?
—No sé por dónde empezar.

Ni hacía falta, porque en ese momento se escucharon ruidos de puertas golpeadas y gruñidos ininteligibles. Era Harry Nash trasmutado en Marlon Brando acercándose como un huracán a la sala de pruebas. Se plantó frente a nosotros con la musculosa, los hombros echados por atrás, la mueca, todo. La presencia de la llorosa miss Shaw le provocó una risa despreciativa. Le clavó los ojos, las manos en los bolsillos, las piernas abiertas. El llanto terminó ipso facto. Harry la estaba desnudando con la mirada.

—¿Pueden ensayar la escena de la pelea? —pregunté.

—Seguro —dijo Harry. Se humedeció el labio superior con la punta de la lengua. Miss Shaw palideció.

Les ofrecí los libretos y Harry me arrancó el suyo sin dar las gracias. Las manos de Helen temblaban un poco.

—Necesito algo para tirar por la ventana —dijo Harry.

—¿Qué?
—Acá hay una parte donde yo tiro una radio por la ventana —dijo con impaciencia.

La cosa venía bien, mejor imposible. Le di un pisapapeles de metal y, por si acaso, abrí la ventana de par en par. Miss Shaw miró a su alrededor como buscando un lugar donde desmayarse.

—¿Por dónde empiezo? —dijo Harry, girando los ojos como un boxeador antes de que suene la campana.

—Un poco antes de tirar la radio por la ventana.

—OK, OK, tiro la radio, ella intenta escapar, la agarro y le doy unos buenos sopapos. ¿OK? vamos, baby.

La escena a continuación fue de alto voltaje, apenas dos grados bajo el nivel máximo de violencia. Al terminar Helen Shaw ardía en un rincón, la cabeza ligeramente inclinada, la boca abierta, tratando de consumir todo el oxígeno que hubiese quedado en la sala. La miré y no me pareció que estuviese metida en una botella.

—¿Entonces el papel es mío? —aulló Harry.

—Ya lo tienes —dije.

—OK, OK baby. Nos vemos, Stella —y se fue dando un portazo.

—¿Miss Shaw? —pregunté suavemente.

—Humfff —exhaló ella.
—Estuvo impresionante, querida.
—¿Sí?
—Nunca imaginé que tuvieses tanto fuego adentro, nena —dijo Doris.
—¿Fuego?
—¡Explosiones, cohetes, bombas atómicas! —dije yo.
—Humfff —dijo Helen. Y no agregó más nada.
—Stella —dije.
—¿Qué, cómo?
—El papel es suyo, por supuesto.

Empezamos a ensayar en el Club cuatro noches por semana. Harry y Helen dieron un clima tan impresionante que todos andábamos como locos. No necesité pedirle a nadie que estudiase sus parlamentos. Había tanto entusiasmo con la actuación de Harry y Helen que todos trataban de emularlos y dar lo mejor de sí mismos. La cosa venía tan pesada que en las escenas de amor debí pedir varias veces que se calmaran un poco.
—Mejor guarden un poco para el día del estreno.

Eso fue en el cuarto o quinto ensayo, creo. Lidia Miller, que hacía de Blanche, estaba sentada a mi lado. Lidia es hermana de Verne Miller, Verne es el dueño de la Ferreteria Miller.

—¿Tenemos o no tenemos una obra, Lidia? —pregunté.

—Una obra magnífica —dijo. Pero había un tono sarcástico en su voz.

La miré pero no pude preguntarle nada. Harry me estaba gritando desde el escenario. Quería saber si habíamos terminado por esa noche. Contesté que sí y se perdió por los pasillos en el más puro estilo Brando, pateando muebles y golpeando puertas. Helen se quedó en el escenario con la boca abierta y expresión extenuada.

—¿Qué hay de malo con la obra? —pregunté a Lidia.

—¿No te das cuenta de lo que está pasando?

—¿En la obra?

—¿Cuál? No hay más Tennessee Williams sobre ese escenario sino otra cosa que tú ya no diriges.

—¿Ah no? —La miré ofendido.

—Una obra que ahora dirige la sádica madre Naturaleza. ¿No te das cuenta de que esa chica está enamorada? Piensa lo que ocurrirá cuando descubra cómo es Harry en la vida real.

Tendría razón pero yo me ocupé de no hacer nada al respecto. Lidia, en cambio, trató de enderezar el asunto. Eliigió el momento adecuado y habló con Helen.

—Dos temporadas atrás Harry hizo de Abraham Lincoln y yo tuve el papel de su mujer, Ann Rutledge —le dijo.

—Habrá sido maravilloso —se extasió Helen.

—Por supuesto. Por momentos creí que estaba enamorada de Lincoln. Debí esforzarme por recordar que Harry es un simple empleado en la ferreteria de mi hermano.

—Es un tipo increíble, Harry.

—Increíble, sí. Pero con él debes estar preparada para algo. Cuando llega la última función y la obra termina...

—¿De qué me estás hablando?

—Con la última función Harry desaparece, se evapora en el aire, nunca más.

—No puede ser.

—Es así aunque no quieras creerlo.

En ese punto Helen se molestó.

—¿Por qué me lo dice a mí? Aun cuando fuera cierto ¿qué demonios me importa?

—Está bien, OK, pensé que te resultaría útil saberlo.

—Se equivocó, no me sirve de nada.

Después de ese episodio nadie más se atrevió a tocar el tema. Era inútil. En esos días, y a pedido de Helen, la compañía telefónica le concedió una asignación permanente en North Crawford. Me lo comunicó muy satisfecha.

—Quiero agradecerle especialmente. El club me cambió la vida —dijo.

Llegó el día del estreno y enloquecimos al público. Se lo creyeron todo y cuando bajó el telón estaban como para irse al manicomio con Blanche. En la primera noche las chicas de la compañía le entregaron un ramo de rosas a Helen en el escenario. Estaban saludando al público que los ovacionaba. Helen tomó una rosa y se la ofreció a Harry, pero Harry había desaparecido. Yo estaba entre bambalinas y vi su expresión de infortunio. Después corrió hacia mí.

—¿Hice algo malo, lo habré ofendido? —me preguntó llorando.

—No, Helen, siempre hace lo mismo, las

cosas son así. Cuando termina la obra, Harry también termina.

—¿Y el sábado no vendrá a la fiesta? —preguntó desolada. El sábado por la noche, después de la función, el Club nos había invitado a festejar el estreno de *El tranvía*.

—Harry nunca va a fiestas. Cuando baje el telón del sábado ya no volveremos a verlo hasta el lunes en la ferreteria —dije lo más dulcemente que pude.

—Qué triste, qué verdaderamente triste —dijo Helen.

La función del sábado fue antológica y cuando todos salieron a saludar Helen atrapó la mano de Harry. Esta vez no le iba a resultar fácil escaparse.

—Bueno, tengo que irme —dijo Harry, tironeando.

—¿Irte dónde?

—A casa.

—¿No me llevarás a la fiesta del Club?

—Imposible, nunca voy a fiestas —dijo todo colorado, adiós Brando.

—Comprendo. Te dejaré ir si me prometes una sola cosa.

—¿Qué cosa? —preguntó Harry temblando, listo para saltar por la ventana más próxima.

—Que me esperes aquí sin moverte. Voy a traer un regalo que te compré.

—¿Un regalo?

—¿Prometido?

—Sí.

Recién entonces Helen lo soltó. Y él se quedó, esperando hasta que ella volvió con el regalo. Resultó ser un ejemplar de *Romeo y Julieta*. Se lo entregó diciendo que el marcador señalaba su escena favorita.

—Muchas gracias —fue lo único que Harry dijo. Bastante, considerando las circunstancias.

—¿No te interesa saber cuál es mi escena favorita? —dijo Helen. Y Harry se vio obligado a abrir el libro. Ella se le puso al lado y empezó a leer un parlamento de Julieta.

—¿Cómo has llegado aquí y para qué? Las paredes son altas, difíciles de escalar y, siendo quien eres, podrías tropezar en ellas con la muerte —leyó Helen. Y señaló con el dedo la línea siguiente.

—Fíjate en lo que contesta Romeo.

—Mm —dijo Harry.

—¿No vas a leerlo?

Harry carraspeó. Se resistía a leer pero no le quedaba otra alternativa.

—“Estos muros salté con las alas que me dio el amor.” —Leyó en voz alta con susurro de empleado de ferreteria. Pero ahí empezó a cambiar.

—“Ante quien no hay muros de piedra que resistan.” —Siguió leyendo, enderezó el cuerpo, echó la cabeza para atrás, a la vez valiente e impetuoso, ligeramente emocional e italiano.

—“¡Si mis parientes te encuentran te matarán!” —gimió Helen, caminando hacia la puerta.

—“¡Jamás, más fácil será muerto por tus ojos que por veinte espadas de parientes! Mírame...” —imploró Harry siguiéndola.

—“Mírame con benevolencia y mi cuerpo se volverá invulnerable” —siguió diciendo, los ojos brillantes por el deseo.

—“Yo daría un mundo porque no te descubrieran” —dijo Helen.

Y eso fue lo último que les escuchamos decir. Traspasaron juntos la puerta y desaparecieron. A la fiesta no fueron, por supuesto. Y a partir de esa noche vivieron juntos. Se han casado y aparecen muy felices aunque ocasionalmente se comportan de manera bastante extraña. Todo depende de la obra que estén interpretando.

El otro día pasé por la compañía telefónica y pregunté por miss Shaw. La máquina había vuelto a facturarme otra llamada errónea, esta vez a Phymount, Michigan. Cuando llegó Helen le pregunté en qué andaban.

—La semana pasada estuve en casa con Otelo, la anterior fui rapada por París, llevamos una vida muy excitante.

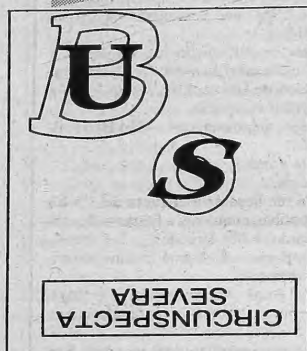
—Por supuesto y me alegro mucho de que así sea. ¿Querrán actuar en la próxima obra del Club?

—Seguro. ¿Quiénes seremos esta vez? —dijo ella, con una enorme sonrisa.

Traducción de Rodrigo Fresán

Juegos

Jeroglíficos



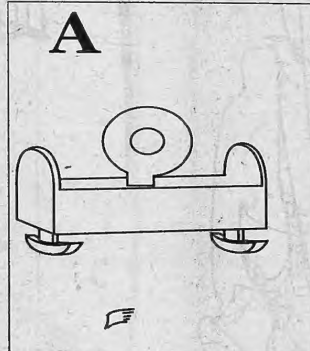
► ¿Dónde está Menen?



► ¿Dónde está Jaime y Cecilia?

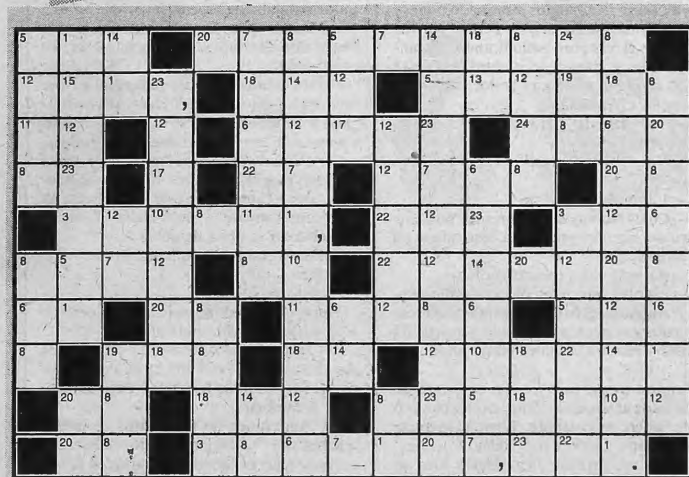


► ¿De cuántas partes se divide la obra?



► La niña se ha quedado dormida.

Letras y números



► Sustituyendo números iguales por letras iguales, podrá leerse un fragmento de "Anaconda", de Alberto Vázquez Figueroa.

Sopa de letras



► Localice en la SOPA el nombre de 20 Estados de los Estados Unidos de América.

Charadas

► Este es su mecanismo:

- 1.º **TODA** es la palabra que hay que encontrar.
- 2.º La palabra se descompone en sílabas (**PRIMA**, **SEGUNDA**, **TERCIA**, **CUARTA**, etcétera).
- 3.º Con todas las sílabas y con la palabra completa se forman las frases con la clave de la charada.

1. No sé como **TERCIA-PRIMA** tanto tu amiga **TERCIA-CUARTA**, con su pelo **TERCIA-SEGUNDA** y una trenza como una **SEGUNDA-PRIMA** y cara de estar siempre de mala **PRIMA-CUARTA**, como si se hubiera bebido un litro de **TODA**.

2. Pues me dice que liga tanto, por que **PRIMA-SEGUNDA TERCIA-CUARTA** ella, que tú pareces una cría de **SEGUNDA-CUARTA** hecha de **TODA**.

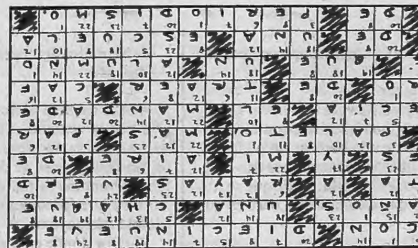
3. Mi hermano **SEGUNDA-PRIMA** lo ha oído todo y dice **PRIMA** yo **CUARTA TERCIA** callarme y que si por él fuera, nos haría una purga con **TODA**.

4. Ese chico, **SEGUNDA-TERCIA** ¿de qué **CUARTA-PRIMA**? Pues **PRIMA** parece que no es rico **TERCIA** heredero y vive como un rey. No, es **TODA** en la estación de servicio.

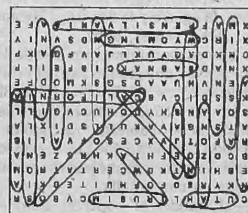
5. ¡Qué bien! A ver si él me **PRIMA-SEGUNDA-TERCIA** el coche, que se **SEGUNDA-TERCIA** de vez en cuando, como si me transportara por **TERCIA-CUARTA-QUINTA**; lo llevaré al taller de **TODA**.

6. Me repararon el coche **PRIMA** el taller y me dijeron que era un principio **TERCIA-SEGUNDA-CUARTA** mantener el motor siempre bien **TODA** con aceite todo **SEGUNDA-CUARTA**.

Soluciones



LETRAS Y NÚMEROS:



JEROGLÍFICOS:

1. En Buenos Aires.
2. En la Coruña.
3. De dos partes.
4. Acuesta en la cuna a la pequeña.
5. (A-CU-ESTA EN LA CUNA ALA PEQUEÑA)

REPARACIONES: 6. Engrasado.

1. Gasolina. 2. Parafina. 3. Queroseno. 4. Mecánico. 5.

CHARADAS: